

DE BUENAS LETRAS

Billie Holiday, una dama con gardenias blancas

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC
ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Alguna vez he comprado un libro empujado únicamente por un mero detalle o capricho textual. Hace años, en una librería de Ibiza, gracias a que leí una frase sublime del 'El llano en llamas' de Juan Rulfo, lo adquirí sin pensármelo. Aún no sabía nada sobre el magistral autor mejicano. Y un verso, sólo un verso, hizo que me quedara con la poesía completa de Rafael Morales. Así son las cosas.

Durante una mañana de esas, acaso de invierno, en la que uno va plácidamente a encontrarse con los libros, saqué de un anaquel la autobiografía de la gran dama del jazz, Billie Holiday (1915-1959): 'Lady sings the blues. Lady Day' (está en Tusquest). Cuando la abrí descubrí uno de los comienzos más desoladores que me haya podido encontrar jamás: «Mamá y papá eran un par de crios cuando se casaron: él tenía dieciocho años, ella dieciséis y yo tres». Aquí, en dos líneas, está resumida la tragedia de varias vidas. Lo que viene después no es más que la consignación de los pormenores, de los acontecimientos. Ya en casa me adentré en sus pági-

nas de una forma apasionada, como no podía ser menos. A partir de este arranque, la existencia de Lady Day (así la apodó el saxofonista Lester Young, uno de sus hombres, uno de sus muchos malos hombres) es la historia de una desolación permanente: comisarías, músicos canallas, hampones, alcohol, drogas, desamores y música. Una carrera acelerada hacia el abismo, cuyo itinerario se fue cimentando desde que ella escuchaba a Besie Smith, Ma Rainey o Louis Armstrong, mientras limpiaba un prostíbulo y los viejos discos de pizarra amenizaban la espera de los clientes, hasta la llegada del éxito con Benny Goodman en 1933. Desde entonces fue arropada por los grandes reyes de la improvisación: Coleman Hawkins, Ben Webster, Johnny Hodges, Roy Eldridge, Gerry Mulligan... No obstante, a pesar del reconocimiento y el triunfo, siguió soportando las lacras del racismo: «Puedes ir vestida de raso, con gardenias en el pelo y no ver una sola caña de azúcar en varios kilómetros a la redonda y, aun así, seguir trabajando en una plantación». En sus últimos días de vida, mientras

se apagaba en un hospital de Nueva York, se dejó caer sobre su cama la última denuncia.

Si no se apuntan sucesos tan luctuosos, es difícil entender cuánto dolor había cobijado aquella garganta. Billie Holiday interpretaba con una hoja de afeitar debajo de la lengua pero sus notas tenían el suave esplendor de una gardenia blanca. Creo que fue la cantora de flamenco la tía Anica, 'la Piriñaca', quien comentó aquello de que «cuando canto a gusto, la boca me sabe a sangre». Pues eso mismo sucedía a Lady Day, pero al otro lado del Atlántico. Dramatizaba la música y el desgarró aparecía como un inexplicable acto de belleza y gozo aterciopelado. Pero también poseía un extraordinario sentido del 'swing'. Sabía transformar, como nadie, la pieza más boba o ingrata en una auténtica pepita de oro. «Odio las canciones en línea recta», decía. Y si su voz es inconfundible, si no se parece a la de ninguna otra cantante, sea del género que sea, es porque nace de las entrañas de la angustia y se dirige, como ocurría con la antigua música de las esferas, directamente al corazón. Por eso, a Billie Holiday hay que paladearla en pequeñas dosis, sin excesos, de igual manera que bebemos un vaso de whisky de noche y a solas, reconfortándonos con nosotros mismos.

Ahora se cumplen cien años de su nacimiento. Si alguno de ustedes tiene un momento, ponga, entre otras, la célebre 'Strange fruit': «De los árboles del Sur cuelga una fruta extraña, / sangre en las hojas y sangre en la raíz, / cuerpos negros balanceándose en la brisa sureña». Posiblemente ese silencio profundo y acogedor que surge inmediatamente después de su música sea el mejor de los homenajes.